



Eloísa Morales

Flores campestres

Narraciones

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Eloísa Morales

Flores campestres

Narraciones

Georgina

Tran... ramplán... rataplán... -Señores y señoras: dentro de un momento verán ustedes la maravilla más grande que se ha presentado jamás ante los humanos. Formen corro y esperen con la mayor atención los inauditos saltos mortales que dará Giliberto, joven de doce años, y la rápida y asombrosa agilidad de Flor de nieve, niña de diez abriles, al atravesar un aro de fuego por doce veces seguidas sin descansar un solo minuto. Después presenciarán la gran pantomima cómica en tres cuadros y un prólogo ejecutada por todos los artistas de la compañía, y el baile inglés, que será desempeñado por Barrabás, el perro más inteligente de cuantos nacieron en Terranova.

Así decía después de batir una marcha estrepitosa acompañada de redobles prolongados, una especie de arlequín grotescamente vestido, de fisonomía fea y repugnante, a la que imprimía sin cesar risibles gestos, dirigiéndose a la multitud de gentes, que acudían alrededor del titiritero, curiosas por ver las habilidades que anunciaba aquel hombre.

Esta escena tenía lugar en un pueblecillo, y en su plaza principal, donde se veía un precioso chalet, propiedad del marqués de N. En uno de sus balcones apareció una graciosa niña que contaría a lo sumo doce años, acompañada de una doncella. Amabas aguardaban con curiosidad el espectáculo acrobata que iba a tener lugar.

El titiritero así que vio a la niña, se dirigió hacia ella presentándola el platillo en que recogía los óbolos con que el público remuneraba sus trabajos. La niña abrió un bolsillito entre cuyas mallas brillaban varias monedas de plata y le arrojó algunas de éstas; dióle las gracias ceremoniosamente el arlequín y se dispuso a principiar la función.

En uno de los ángulos de la plaza habla un carretón cubierto por un toldo, y bastante capaz para servir de habitación, guardarropas y otra infinidad de utensilios propios de los juegos que ejecutaban los saltimbanquis; alzose un extremo del toldo y salió del carromato un hombre mis repugnante aún que el anterior, vestido con una larga túnica y pintarrajeado el rostro con rayas azules, blancas y negras, que le hacían aún más antipático; y agitando el toldo a modo de pabellón, dió tres golpes en el carro y al momento salieron pegando

volteretas dos payasos embadurnados y extravagantes, seguidos de un niño y una nula, cuyos semblantes contrastaban notablemente con los de sus compañeros.

Nada más bello e interesante que la niña, a quien llamaban Flor de nieve; rubia como un querubín y blanca como el nombre que llevaba; pálida y de mirada triste y candorosa, conmovía el corazón. Su traje azul celeste cubierto de lentejuelas, sus cabellos rizados y sujetos por una cinta del mismo color, realzaban tan angelical belleza.

Giliberto también agraciado y simpático, era sin embargo menos digno de compasión que aquella pobre flor. En su rostro moreno y travieso, en sus ojos negros y burlones, no existía el sello de la desgracia, y parecía satisfecho de su brillante traje.

Ambos sufrían las mismas penalidades, juntos el trabajo y el castigo; pero mientras Giliberto se deshacía en denuestos contra sus opresores, proyectando los medios para escapar, Flor de nieve, resignada siempre, procuraba calmar a su violento compañero, que olvidaba sus resoluciones tan pronto como pasaba el motivo que las causaba. Profesábanse un tierno afecto; más profundo por parte de Flor a causa de su carácter reflexivo, aunque Giliberto la quería cuanto era posible en él.

Hijo de un labrador que le obligaba trabajar en el campo contra toda su voluntad, sin madre que amándole le enseñara a amar, travieso y holgazán, sólo pensaba en sacudir el yugo con que le aprisionaban. No vaciló en aprovecharse de la primera ocasión favorable que se le presentó para sustraerse a la autoridad paterna, escapándose un día en que su padre tuvo que ir a un pueblo inmediato. Anduvo por espacio de algunos días mendigando para vivir, siempre alejándose de su lugar, hasta que al cabo encontró la compañía ambulante de titiriteros. El jefe de aquélla al verle comprendió todo el partido que podía sacar de aquel muchacho y le propuso halagüeñamente que les siguiera formando parte de su compañía. El chico aceptó, ambicioso de poseer los relumbrantes trajes que le presentaban para atraerlo. Gozoso estuvo por algún tiempo de su nuevo oficio y sobre todo al ver la compañera que le daban; pero pronto pudo convencerse de las espinas que se ocultaban entre las rosas de su nueva vida.

Flor de nieve, hacia ya seis años que se hallaba en poder del saltimbanquis, cuando Giliberto se reunió a ella.

La niña recordaba, aunque muy vagamente, que un día se sintió arrebatada por un hombre que le tapó la boca con un pañuelo, y había sido tan fuerte esta impresión, que jamás se borraba de su memoria. Después se vio entre personas extrañas para ella, pero que la hablaban cariñosamente y la regalaban dulces y juguetes, y al fin llegó a acostumbrarse a ellas. Más tarde cambiaron los dulces y las palabras cariñosas en amenazas terribles, y por último las amenazas se trocaron en amargas realidades. Sus blancos y suaves bracitos fueron golpeados, torcidos y descoyuntados sin compasión, arrancando de su pecho lastimeros gritos de dolor. Flor de nieve resignándose a su triste suerte fue adquiriendo aquel sello de dulce melancolía que la hacía tan interesante, y cuando tuvo un compañero a

quien hacían sufrir los mismos tormentos que ella padeciera anteriormente, esforzábale en consolarle, refiriéndole los triunfos que le aguardaban; tristes triunfos que ella aceptaba sonriendo siempre.

Aquella tarde iban a alcanzar aplausos atronadores en las diferentes suertes que al público ofreciera el director de la compañía.

Los dos payasos colocaron una alfombra en el centro de la plaza y se dio principio a la función.

Flor de nieve y Giliberto ejecutaron varios juegos alternando con los otros titiriteros hasta llegar al prometido salto por el aro de fuego. La niña subió a un trapecio pendiente a gran altura y allí esperó que colocaran el aro, al que debía prender fuego Giliberto que en otro trapecio frente al suyo, colgando todo su cuerpo hacia abajo y sujeto únicamente por los pies, debía coger a su compañera cuando, desprendiéndose del trapecio con vertiginosa violencia viniera, pasando por el aro, a cogerse de sus manos. De las doce veces que debían repetir aquella suerte sólo seis salieron bien, porque al llegar a la séptima, Giliberto, ya fatigado y rendido, no tuvo más fuerzas para sostenerse en aquella penosa posición y recibir a Flor de nieve. Sus piernas ya vacilantes le abandonaron, y los dos niños cayeron, sembrando la angustia y el espanto entre los espectadores.

Flor de nieve tuvo la fortuna de hallar la red protectora bajo su cuerpo librándola de un grave desastre; Giliberto, tropezando en su caída con un madero de los que sostenían los trapecios y argollas; fue rechazado por aquél y cayó desde considerable altura en el suelo, quedando exánime.

Rodeáronle sus compañeros y cuantos asistían a tan triste espectáculo. Flor de nieve repuesta de su caída y rechazando a cuantos trataban de alejarla de aquel sitio, abriéndose paso se acercó a su desventurado amigo, al que llamaba con los más dulces nombres, implorando el auxilio de algún médico. No se hizo esperar mucho éste, porque de entre la multitud viose salir un joven, que examinando cuidadosamente al niño, dijo que aunque le encontraba grave no desesperaba de curarle.

Cuando tuvo lugar el desgraciado suceso, la niña que en el balcón del chalet de que antes hicimos mención, y que se llamaba Georgina, presenciaba la fiesta, impresionada en extremo y siguiendo los impulsos de su tierno corazón, fue en busca de su padre, el marqués de N., que asustado de ver a su hija llorar y entrar desolada en su despacho, le preguntaba la causa de aquel desconcierto. La sensible niña contó a su padre la desgracia de que había sido testigo terminando con una súplica su relato: pretendía la bella y bondadosa Georgina llevar el herido a una de las habitaciones de la planta baja del chalet, donde sería asistido por el médico de la casa y donde, según ella, no carecería de nada para lograr una pronta y feliz curación. El marqués que adoraba a su hija, complaciéndose en los hermosos sentimientos de aquel tierno corazón, dio la orden a su mayordomo de que se enterase del estado en que el niño se encontraba y si éste no era desesperado, que desde luego tratase de llevarlo al chalet.

Cumpliendo las órdenes del marqués, el mayordomo fue en derecha a buscar el médico de la casa y acompañado de él, llegó hasta el pequeño herido que aún no daba señales de vida. El médico ordenó formasen una especie de angarillas, poniendo sobre ellas un colchón, y después de decirle al director de los saltimbanquis que el señor marqués deseaba que el niño fuese llevado a su casa donde podía ser asistido con toda solicitud, le llevaron, seguidos de la gente que presenciaba aquella escena, elogiando la bondad del marqués y de su hija Georgina, a quien bendecían como el amparo de los pobres y enfermos.

Flor de nieve siguió al niño hasta el chalet rogando al mayordomo y al médico que la dejaran junto a él.

A una preciosa habitación de la planta baja, donde había un lecho cubierto con blancas y vaporosas cortinas, fue llevado Giliberto. Aguardaban allí el ama de llaves del marqués y una doncella, preparando entre ambas, hilas, trapos y cuanto se les alcanzaba fuese de utilidad. La preciosa Georgina les ayudaba, encargando tuvieran el mayor celo y cuidado con aquel desgraciado muchacho.

Cuando llegaron, la niña las dejó para avisar a su padre, y al salir reparó en Flor, de nieve que, vestida con el brillante traje de los títeres, lloraba amargamente en un rincón de la antecámara. Acercose a ella la bondadosa niña y le preguntó dulcemente si lloraba por el compañero y si era su hermano; Flor de nieve le respondió entre sollozos que aunque no era hermano le amaba como tal y que temía no le permitiesen permanecerá su lado. Georgina la consoló diciéndole que no temiera nada por él, que sería asistido con la mayor solicitud y que podía verle todos los días. Flor de nieve algo más serena le suplicó que la dejaran velar junto al niño y le manifestó a Georgina el terror que le inspiraba la idea de hallarse sola entre los titiriteros tan despiadados y crueles para ella. No escuchó más la pequeña marquesita, pues corriendo en busca de su buen padre, pintando con los más vivos colores el desconsuelo de Flor de nieve, su angelical belleza y los tormentos de que era víctima entre aquellos malvados hombres, pidióle accediera a lo que la infeliz niña le rogara, y como siempre, el marqués asintió a todo cuanto quiso aquel ángel de bondad.

Instalose Flor de nieve a la cabecera de su querido enfermo una vez obtenido el permiso para ello, y transcurridos algunos días tuvo la satisfacción de verle fuera de peligro, gracias a los cuidados del doctor y al celo con que eran cumplidas sus prescripciones.

Georgina llegó a sentir por Flor de nieve un verdadero afecto, al que ésta correspondía con toda el alma; el marqués también hallaba cierto atractivo inocente en aquella flor arrancada tal vez de algún palacio. Quizás era hija de algún elevado personaje; así parecía denotarlo su delicadeza instintiva y la finura de su cutis y de toda su persona. Cuando estas ideas venían a su mente besaba y estrechaba a su hija junto a su corazón, compadeciendo a los padres de la infortunada niña y se creía en el deber de protegerla contra los infames saltimbanquis.

Giliberto fue recobrando paulatinamente la salud y las fuerzas. Más de tres meses duró su convalecencia. El director de la compañía hacía ya dos que había abandonado el pueblo, ofreciendo volver por los niños, cumplidos que fueran sus trabajos en los pueblos

inmediatos. Quiso al partir llevarse a Flor de nieve, pero el llanto en que ella prorrumpió al saberlo conmovió al buen marqués y le dijo al titiritero que se obligaba a remunerar las pérdidas que le ocasionara la falta de la niña. Así pues, quedose con gran contento de Georgina.

Cuando Giliberto estuvo completamente restablecido, acompañaba a las niñas en sus juegos, y los tres, siempre alegres, corrían y saltaban por el jardín, llevando con sus voces y gritos la satisfacción al buen corazón del marqués. Otras veces Flor de nieve quedábase silenciosa y triste y cuando le preguntaba Georgina la causa, decíale que en breve llegaría el aborrecido titiritero para llevarles lejos de aquella casa donde eran tan felices. Giliberto también se entristecía ante aquel recuerdo, pero Georgina les contestaba con el mayor aplomo que no se marcharían si ellos no querían hacerlo. Entonces renacía la alegría en los dos niños y de nuevo se entregaban sus placenteros juegos.

Georgina, dándose gran importancia de maestra, les enseñó a leer, a escribir, y satisfecha de sus discípulos, les prometió enseñarles la música si eran buenos y obedientes.

Por fin llegó el día en que el saltimbanquis se presentó en busca de los dos niños, y el marqués le dijo que volviera más tarde que tenía que hablarle despacio. Hízolo así aquél y en el entretanto el marqués llamó a Giliberto y a Flor de nieve para preguntarles si deseaban partir; Giliberto contestó que si el señor marqués no le prestaba su amparo contra aquel hombre, que al menos le dejase escapar huyendo de sus garras. Flor de nieve le suplicó humildemente, llamándole su bienhechor y besando sus plantas, que les dejara permanecer junto a Georgina y que sería una esclava para ella. El marqués la levantó y secando las lágrimas que velaban aquellos hermosos ojos, le prometió que no se irían aunque le costase una fortuna conservarlos.

Giliberto y Flor de nieve le colmaron de bendiciones y fueron corriendo a llevar tan buena nueva a la hermosa Georgina, mientras el marqués aguardaba a maese títere. Cuando éste se presentó, le dijo terminantemente que estaba resuelto a quedarse con aquellos niños y que si no le presentaba documento alguno que acreditase el derecho que sobre ellos tenía, que no se los entregaba. El saltimbanquis se desesperaba al ver que se le iban a escapar de entre las manos sus víctimas inocentes, porque ¿cómo iba a acreditar un derecho que nunca había tenido? El marqués le ofreció, si buenamente renunciaba a los niños, una gran cantidad, pero si se oponía a dejarlos daría parte del robo cometido y saldría muy mal parado. Ante tales argumentos el titiritero se decidió por el primero, escapando más que de prisa por temor al segundo.

No hay que decir el regocijo que causó en los tres niños la noticia de la libertad de Giliberto y Flor de nieve. Aquel día se celebró entre ellos como el más venturoso de la vida

y Georgina, radiante de gozo abrazaba a su buen padre dándole los nombres más dulces y apasionados.

Así transcurrieron días y meses después de aquella dichosa fecha; Georgina cada vez más contenta y cariñosa con su amiguita Flor de nieve, quien se complacía en adivinar hasta el más pequeño deseo de su bienhechora; Giliberto empezaba a sentir cierto disgusto desde que el marqués le obligó a estudiar, porque según decía era preciso que supiera ser hombre de provecho. Su naturaleza de bohemio se rebelaba ante la sujeción que le imponía el estudio, y solamente el cariño que profesaba a Flor de nieve le dominaba en los impulsos que a veces le asaltaban de huir de aquella que él llamaba dorada jaula.

Un día en que fue agriamente reprendido por el marqués, Giliberto acarició más que nunca la idea de su libertad, aun a costa de abandonar a Flor. ¿Abandonarla? ¿Y por qué no le había de seguir? ¿No era preferible a aquella fastuosa morada, un árbol donde cobijarse por la noche y la dulce tarea de no hacer nada durante el día, nada más que jugar, bailar y correr en pos de las mariposas? ¿Cómo era posible que ante tal porvenir no se decidiera Flor a seguirle? Sí, sí, decididamente se lo propondría aquel mismo día, y al siguiente, cuando nadie pudiera verles, partirían de aquella cárcel. Una vez formada esta resolución, ya no quedaba más que proponérsela a Flor de nieve, y así lo hizo cuando pudo hablarla a salvo, pero, ¡oh decepción! Flor no solamente no admitió semejante proyecto, sino que lo rechazó indignada, llamándole ingrato para sus protectores, sobre todo para Georgina a quien le debía hasta la vida. Giliberto, cuyo carácter arrebatado no le dejaba reflexionar, alejose de ella resuelto a huir él solo, puesto que la pérfida prefería vivir esclava a ser libre a su lado.

Al siguiente día buscaron por todas partes a Giliberto y sólo hallaron en su cuarto una carta dirigida a Flor, en la que le daba un adiós y manifestaba su respeto y gratitud por el marqués y su hija, y como única disculpa para su huida que no podía vivir encarcelado. Flor de nieve y Georgina lloraron profundamente por el fugitivo, el marqués se lamentó de tan cruel ingratitud y no consintió en que se le buscara.

Acercábase el invierno y con él los preparativos de marcha para la corte, donde nuestros personajes iban a pasar una temporada; las dos niñas no olvidaban, a pesar del placer que les causaba la idea de viajar, a Giliberto, y se alegraban con la esperanza de volverle a encontrar.

Se realizó al fin el anunciado viaje y hete ya a las preciosas niñas en Madrid. ¡Cuánta alegría le causaba a Flor de nieve el bullicio y la variedad de objetos en que sus miradas se extasiaban! Georgina satisfecha del efecto que producía en su amiga la tierra donde por vez primera viera la luz se complacía en llevarla con su aya a todos los paseos y teatros, explicándole con su infantil gracia cuanto quería saber. Así pasó el tiempo, tornando a la posesión el verano y de nuevo a la corte los inviernos, y las dos niñas se cambiaron en

preciosas jóvenes. Ambas recordaban siempre a Giliberto, sobre todo Flor de nieve. ¡Cuánto hubiera deseado saber de él! No tardó mucho en realizarse su deseo.

Hallábanse una tarde las dos amigas con el marqués paseando en el Retiro, cuando al cruzar por una de sus solitarias alamedas se les figuró oír un triste suspiro. Flor de nieve sintió oprimírsele el corazón, y apoyándose en el brazo de Georgina se paró maquinalmente, y fijando sus ojos en unas matas, percibieron un hombre que de espaldas a ellos parecía agitado por alguna lucha interior. Flor, Georgina y el marqués le observaban sin atreverse a mover de aquel sitio. Ninguno se comunicó sus ideas, pero seguramente los tres presintieron que allí iba a suceder algo grave. El hombre parecía joven y estaba pobremente vestido; de repente sacó del bolsillo de su gabán una pistola que apoyó en la sien derecha. Veloz como el pensamiento, el marqués de un salto se puso junto a aquel hombre arrancando de su mano, crispada y temblorosa, el arma suicida.

Sorprendido quedó el joven al verse enfrente del marqués y de las dos niñas que le seguían. Inmóvil, sin atreverse a levantar los ojos del suelo, no sabemos cuanto tiempo hubiera durado su silencio si el buen marqués no lo rompiera preguntándole el motivo que le conducía a tan extrema y lamentable desesperación, como era el atentar a su existencia, usurpando de ese modo sus sagrados derechos al Creador, dueño absoluto de nuestra vida y que siéndonos otorgada por su misericordia, a él sólo compete privarnos de ella.

El joven en breves pero elocuentes frases les contó el motivo de su desventura, y cuál sería el asombro de Georgina y Flor de nieve al hallar en la relación que de su pasado les hizo, a su compañero Giliberto. Éste, cuya suerte le llevara a caer de nuevo en las garras no ya de los saltimbanquis sino de una compañía de cómicos de la legua, entre los que sufrió mil amargas decepciones y adquirió entre otros vicios el del juego, viéndose perseguido por el tenaz recuerdo, según dijo, de Flor de nieve y de sus protectores, a los que había abandonado en pago de sus bondades, y compelido además por la miseria que sufría, había aquella mañana acariciado la idea del suicidio y sin la providencial llegada del marqués hubiera consumado tan execrable como cobarde crimen.

Georgina, siempre buena y compasiva, rogó a su padre tendiera de nuevo su mano protectora a Giliberto, y Flor de nieve tomó a su cargo la conversión de aquel rebelde.

Dispuso el marqués que el joven seguiría una carrera cuyos gastos se proponía costear, y si al terminarla le hallaba digno y honrado, le concederla a Flor de nieve por esposa.

Giliberto no solamente juró hacerse acreedor al aprecio del marqués y de su hija sino hasta ser esclavo de ambos, para probarles esta vez todo el respetuoso agradecimiento que les tributaba, y el amor ardiente que abrigaba en su alma por Flor. Al cabo de algunos años, terminada la carrera de medicina, Giliberto pudo reclamar del marqués la promesa que éste le hiciera de otorgarle a Flor de nieve, lo que fue desde luego llevado a efecto como justa recompensa a la conducta observada por el joven, que esta vez probó que el carácter más voluble e inconstante es susceptible de modificación, siempre que exista en el alma un fondo de bondad.

El marqués y Georgina fueron padrinos de la boda y Flor de nieve fue por primera vez en su vida completamente dichosa, amando y viéndose correspondida con pasión por Giliberto.

Buena senda

Cabe la falda de un pintoresco monte y casi a orillas del mar, existe un convento humilde, rodeado por una extensa huerta, donde los frailes, sus habitantes, se dedican al cultivo de varias legumbres y hortalizas, único alimento que les permite su regla.

En el interior del pequeño monasterio se encuentran las celdas en que los monjes, después de un día de rudos trabajos y piadosas oraciones, se entregan por algunas horas, bien cortas, al descanso, sin despojarse del tosco sayal con que cubren sus flacos y demacrados cuerpos, y teniendo por lecho un poco de paja y una endeble y miserable manta para resguardarse del frío.

Entre aquellos penitentes frailes, llamaba la atención uno sobre todos, tanto por su juventud y belleza, como por la mansedumbre y piedad con que imitaba a Jesús. Respiraba bajo tan pobre y raído hábito tan suprema distinción, que le hacía parecer un príncipe arrepentido y desengañado del mundo, encerrado por su propia voluntad entre los muros de aquel convento.

Apenas contaría veintiocho años el padre Ángel, habiendo sido, sino príncipe, hijo de un personaje noble y riquísimo. En los primeros años de su vida, Ángel fue completamente dichoso; adoraba ciegamente a su buena madre, y ésta se recreaba en él como todas las madres en sus hijos, encontrándole superior a las demás criaturas, con más belleza y más talento que el resto de los mortales. La buena y amorosa anciana no exageraba mucho al ponderar las cualidades que adornaban, a su hijo, pues en efecto, Ángel era un modelo de varonil hermosura y de raras y excepcionales cualidades: Como hemos dicho anteriormente, amaba sobre todas las cosas a su madre y le consagraba su existencia, complaciéndose en satisfacer hasta los más triviales caprichos de la noble señora; mas como no hay cielo sin nubes, bien pronto vino a ocultar el sol de ventura que alumbraba la tranquila y risueña vida de aquellos seres, una tan densa y oscura que sumió para siempre en las tinieblas la franca y jovial alegría de Ángel: una pasión, hartamente imprudente, se apoderó de su corazón.

Cuando su madre llegó a saber que el hijo adorado, al que creyó siempre superior a los otros, faltaba a los principios severos y pundonorosos con que en su ternura le educó, sufrió tan duro golpe, que comenzó a minar su salud ya quebrantada, y cayó postrada para siempre.

Ángel, que en su delirante pasión se olvidó hasta de sí mismo, al ver enferma tan gravemente a la noble anciana, se desesperaba, acusándose del mal que le arrebatava aquel ser tan amado, y le juraba abandonar su pasión y dedicarle el resto de su vida.

Un gran consuelo sintió la pobre enferma al escuchar a su Ángel, y aunque el mal que la aquejaba iba en aumento, según la opinión facultativa, parecía más animada, desde el momento en que su afligido hijo le juró dar por siempre al olvido aquel funesto desvío.

En breve Ángel vio cumplirse el fatal pronóstico, y quedó solo en el mundo, agobiado por el profundo dolor que le causaba el remordimiento al creerse culpable de la pérdida inmensa que acababa de sufrir.

Cuando hubo cumplido con los últimos deberes para con su madre, dispuso de toda su fortuna en favor de los necesitados; y sin escuchar los consejos de sus amigos, que tachaban de exaltado dolor y de locura su determinación de encerrarse en un convento, indagó en cual de ellos era más rigurosa la penitencia, y habiéndole dicho que en el de X, allí se encaminó, resuelto a consagrarse por completo a la oración y al sacrificio de toda idea terrenal.

Y en efecto, Ángel cumplía con exceso sus deberes religiosos, mortificando su cuerpo, y soportando humildemente los injuriosos epítetos con que a menudo solían calumniarle algunos incrédulos y desalmados jovenzuelos, cuando iba a los pueblos inmediatos en demanda de limosnas.

En uno de los que visitaba con mas frecuencia, se distinguía un muchacho a quien llamaban Faustino, por los groseros insultos y denigrantes frases que lanzaba al rostro del fraile, creciéndose más y más en sus denuestos, al ver la paciencia y mansedumbre con que eran recibidas por éste. Era Faustino perverso, hijo de un zapatero, hombre soez que acostumbraba a embriagarse cotidianamente, y propinaba todas las noches a su amable costilla y querido vástago, antes de acostarse, una buena ración de golpes, sin duda para que pudiesen entregarse al suero sin sentir el frío de las sábanas, calentador magnífico y económico para un zapatero. El muchacho, educado entre una madre que le colmaba de palos al menor descuido y un padre tan amante, no hay que decir si en su tierno corazón se inculcarían nobles y hermosos sentimientos. No iba a la escuela. ¿Para qué? ¿En su casa no tenía la mejor y más provechosa? Aborrecía la paz y tranquilidad de sus vecinos, sin duda porque la envidiaba, y en su diabólica mente inventaba sin cesar mil medios para mortificar al prójimo, y éste especialmente se hallaba personificado en otro muchacho de su misma edad, huérfano de padre y madre y recogido por el cura del lugar, llamado Clemente, muchacho que era en todo opuesto a Faustino, modesto, estudioso y compasivo; complacíase en el bien con el mismo afán con que el hijo del zapatero gozábbase en el mal de sus semejantes.

Siempre que el padre Ángel se veía perseguido y asediado por Faustino, Clemente se encontraba allí, ya para detener el brazo que le enviaba una piedra, ya para cerrar los labios que proferían insultos; más fuerte y robusto, le imponía miedo, y por lo mismo, Faustino le detestaba más; cedía siempre ante él, para atormentarle después cobardemente, ya fuese indisponiéndole con los demás muchachos, ya robando frutas de los huertos, saltando las tapias, y achacando sus hurtos a Clemente.

El padre Ángel compadecía sinceramente al hijo del zapatero por su maldad, y sentía un verdadero afecto por el pequeño protegido del señor Cura, a quien agradecía el interés que en todas ocasiones le demostraba.

Trascurrieron algunos años de esta suerte, hasta que habiendo llegado a oídos del Rey la sabiduría, virtud y origen del padre Ángel, fue nombrado confesor de S. M. Si bien esta elevada categoría no era ambicionada por él, no podía renunciarla sin ofender el orgullo del monarca. Y además, en semejante puesto, ¿No podía disponer de cuantiosas limosnas? ¿No podía acaso ser útil a los desgraciados? Estas y otras reflexiones le decidieron a partir de entre sus hermanos, los monjes, no sin exhalar un triste suspiro y derramar algunas lágrimas al abrazarles.

No olvidó tampoco a Clemente, a quien pensó en llevar consigo, para costearle una carrera, premiando de este modo su bondadosa conducta. Para llevar a cabo su deseo, hizo una visita al señor Cura, y le expuso su pretensión, ofreciéndole además su apoyo, si deseaba obtener alguna cosa en su ministerio. El buen sacerdote le dio las gracias y le aseguró que estaba dispuesto a sacrificar el placer que sentía su corazón, conservando al lado suyo a Clemente, siempre que este sacrificio fuese en beneficio suyo.

El padre Ángel quiso saber si el joven le seguiría gustoso, y para ello le hizo llamar. Clemente, en presencia de sus protectores, se negó a decir su deseo, alegando para ello que a los dos amaba igualmente, y que nunca abandonaría al señor Cura si éste no se lo mandaba.

Ambos sacerdotes abrazaron conmovidos al joven, y se resolvió que partiría para estudiar medicina, pasando el invierno al lado del padre Ángel, y el verano en el pueblo, resultando así todo en favor de Clemente.

En breve llegó el día fijado para la marcha y el joven se despidió del señor Cura con lágrimas de verdadero pesar. También visitó la tumba de sus padres, elevando una plegaria a su memoria y rogando al Todopoderoso le diese acierto en la senda que iba a emprender, inflamando su pecho en gratitud, obediencia y amor para sus segundos padres en la tierra.

Al salir de la santa morada de los muertos; encontró a Faustino, que se mofó insolentemente, llamándole falso e hipócrita, a lo que Clemente respondió que, a pesar de sus burlas, si alguna vez necesitaba su apoyo, no olvidase que se hallaba dispuesto a prestárselo, perdonando los malos sentimientos que le demostraba.

Faustino reía estrepitosamente al escuchar tales palabras, y aseguraba que jamás pensaría en él más que para burlarse de su hipócrita fanfarronería.

Clemente se alejó de aquel sitio con el corazón contristado, pues a su pesar sentía cierta inclinación por el incorregible y mal intencionado muchacho. Decíase que no era tan culpable a causa de la mala educación que desde sus primeros años recibiera. ¿Quién sabe si él mismo, tan honrado y bueno ahora, hubiese sido aún más perverso que Faustino sin la protección y el amparo del digno sacerdote?

Algo pensativo quedó el hijo del zapatero al saber que iba Clemente a partir para la corte. ¡Cuánto envidiaba su buena estrella! Iba a viajar, a ver pueblos cien veces mejores que el suyo, ¡qué buena vida! Siempre a gozar, a disfrutar de mil desconocidos placeres, mientras él seguiría recibiendo las cariñosas palizas de sus padres, sin salir de aquel oscuro y lóbrego rincón.

Imposible... Era preciso meditar, discurrir algún medio; no importaba cuál, bueno o malo, lo esencial era dar con él. Al cabo debió creerse salvado, a juzgar por la sonrisa alegre y maliciosa que entreabrió sus labios. Despejose su frente de la nube que la cubría, y en sus ojos se vio tan altiva y desdeñosa mirada, como si con ella desafiase al mundo entero.

Ya había dado en el quid, él también iría a la corte, pero solo, libre y rico; rico, sí. ¿Para qué, sino, guardaba ahorrillos su madre? Claro está que debían ser para gastarlos alegremente y que debían pertenecerle, puesto que eran de su madre. Una vez le había sorprendido ocultando cuidadosamente algún dinero, valiéndole este secreto una de las más soberanas palizas, y el anuncio de otra, si lo contaba a bicho viviente; nada dijo Faustino del suceso, pero guardó bien en su memoria la impresión que le produjo el brillo de las moneditas de oro que hirieron su vista.

Resuelto a llevar a cabo el robo, no vaciló en cometerlo; aprovechó la ausencia momentánea de sus padres, buscó, revolvió las ropas y efectos y al fin halló el codiciado tesoro, apoderose de él rápidamente y huyó de la casa sin volver atrás la cabeza, ni experimentar remordimiento ni pesar alguno.

Tuvo buen cuidado de no hacer ostentación de su fortuna hasta encontrarse en sitio seguro, y para ello eligió un coche de tercera en el tren que debía conducirle a Madrid.

Cuando ya se vio en la habitación de una posada en la corte, contó su dinero y con gran contento supo que poseía diez mil reales, fruto de muchos años de economía y privaciones, que él disiparía sin duda en breve tiempo.

El padre Ángel y Clemente llegaron a Madrid, hospedándose en el mismo palacio real, y muy pronto el segundo, matriculándose en el Colegio de San Carlos, comenzó los estudios que le conducirían, según su aplicación, a ocupar grandes destinos en la honrosa carrera de la Medicina.

Pasados algunos años, en los cuales no dejó de hacer las prometidas excursiones a su pueblecillo, donde siempre era recibido en los brazos del señor Cura, hízole una nueva visita doctorado ya, permaneciendo esta vez algún tiempo al lado del virtuoso sacerdote, a quien respetaba y amaba cariñosamente.

Grande fue el disgusto que le causó la noticia de la mala acción cometida por Faustino y mucho más las consecuencias funestas que trajo, pues su madre dejó de existir del sofocón que recibió al encontrarse robada, y dejándose guiar por su vengativo carácter, dio parte a la justicia antes de morir.

Faustino fue buscado, aunque infructuosamente, mientras unido a otros camaradas disipaba su caudal. Pronto se vio sin un cuarto, pero sus buenos compañeros no le abandonaron, proponiéndole algunos medios para seguir siendo rico; falsificaciones, timos y otras ocupaciones análogas fueron los trabajos a que se dedicó exclusivamente, pero su mala o buena ventura tuvo al fin término, siendo capturado y conducido a la cárcel, encerrándole en obscuro y lóbrego calabozo.

Solo allí con sus recuerdos, vino a su mente el pueblo donde nacieron sus padres, el fraile a quien encarnizadamente perseguía, y por último Clemente, que un día le ofreció su apoyo si llegaba a necesitarlo. ¿Pero se acordaría de esto ya? ¿No sería para él motivo de regocijo su desgracia? ¡Había sido tan burlón y cruel con Clemente para esperar nada de su parte! Sin embargo, quiso probar si había olvidado su promesa, y solicitó permiso para escribirle. Obtenido ya, escribió una carta dirigida al colegio de San Carlos, donde Clemente era profesor de una clínica, y en ella le recordaba su ofrecimiento, y le suplicaba hiciera una visita a la cárcel para verle.

Gran sorpresa experimentó el nuevo profesor al recibir aquel mensaje, y antes de resolver por si solo nada, quiso consultar con el padre Ángel lo que debería hacer respecto a Faustino.

El pobre y piadoso señor le aconsejó desde luego que debía acudir al llamamiento de un desgraciado, haciéndole ver de donde provenía su desventura y enseñándole a conocer la misericordia divina, por medio de saludables exhortaciones, prestándole su concurso, siempre que su alma, despertando por fin del letárgico sueño en que yacía, aspirase las dulces y benéficas emanaciones del arrepentimiento y el bien.

El joven médico, conforme en todo con las ideas de su protector, se apresuró a ir a la prisión, cumpliendo los deseos de Faustino.

Cuando llegó, el hijo del zapatero dormía profundamente en un rincón del calabozo, y ni sintió abrir la puerta, ni a Clemente que sin querer despertarle sentose en la única silla que allí había. Por espacio de algún tiempo el joven permaneció contemplando con triste expresión aquel hombre casi niño, que tranquilo dormía en tan húmeda y oscura mazmorra. ¡Qué diferencia entre el destino de ambos! El uno disfrutando un presente

honroso y aguardando un porvenir aún más brillante y seductor sonreíale la fortuna sin cesar; amor, riqueza, posición, todo parecía formado para su felicidad, y, sin embargo, él no había gozado de la más pura y más santa de las dichas, no había conocido a la que le dio el ser: apenas en su frente pudo imprimir el más amante y casto beso maternal, cuando la muerte le arrebató tan preciado tesoro.

Pero Dios compadecido envió en su amparo aquel sacerdote tan digno y piadoso, que le educó en la senda del bien, y más tarde al padre Ángel, a quien debía el resto de su venturosa existencia.

Faustino, es verdad que tuvo madre, pero más bien fue para su perdición. Horrible es seguramente tal error de la naturaleza, mejor dicho aún de la carencia de fe religiosa y de la indiferencia con que es mirada la educación de la mujer: si su madre le hubiese inculcado ideas honradas y dignas, jamás las hubiera relegado al olvido: que nunca se borran de nuestra alma las máximas que nos enseñan en nuestros primeros años.

Clemente, absorto en sus reflexiones, tal vez no pensaba que transcurría el tiempo sin que el infeliz preso supiera que tan cerca le tenía. A un brusco movimiento despertó, y sus ojos encontraron la dulce y melancólica figura del médico, que le abría conmovido los brazos. Faustino, avergonzado ante aquel ademán, se levantó, pero sin atreverse apenas a acercarse hasta él, ni a mirarle de frente, y fue preciso que Clemente le tendiese las manos, para que al fin tuviera lugar una explicación entre ellos.

Nada omitió el preso en el relato de sus indignas acciones, y terminó aludiendo a la promesa que de prestarle ayuda le hiciera un día, ya que según él había llegado el caso de cumplirla, empleando su influencia para que le otorgasen la libertad.

El joven médico le dejó ir hasta el fin sin replicar una sola palabra, pero cuando a su vez comenzó él, le habló de Dios, de su misericordia infinita, de los goces inefables que experimenta todo ser que en su perdón y en su bondad confía; le mostró en su elocuencia toda la paz, toda la tranquilidad de que disfruta una conciencia pura; le habló del arrepentimiento, cristalino manantial, único cuyas aguas borran las manchas del pecado; y tanto se esforzó en convencerle, tal persuasión supo dar a sus palabras, que con infinita alegría pudo observar en el rostro del rebelde Faustino, algo parecido a la lucha interior de sus malas pasiones, y del germen del bien que en todas las criaturas existe, pugnando por deshacer el hielo que lo encubría.

Le nombró al padre Ángel como modelo de virtud cristiana, le aseguró que se hallaba predisposto en su favor, si él de todo corazón abjuraba sus errores, y que si lo deseaba, no obstante su elevada posición iría a verle, a perdonarle y absolverle.

Faustino asombrado le preguntaba si era posible que el padre Ángel, a quien tanto había injuriado, fuese hasta tan repugnante lugar, a perdonar los insultos que había soportado con tanta paciencia.

Clemente le afirmó que iría si así lo anhelaba, y se despidió del preso dejándole la esperanza no ya de la salvación del cuerpo sino del alma.

¿Qué misteriosa revolución se desenvolvió en el pecho del miserable pecador? ¿Qué cúmulo de ideas nunca experimentadas asaltaron aquella viciada naturaleza? ¿Qué rayo de sol dorado iluminó las tinieblas que oscurecían con denso velo su espíritu? Angustiado ante la fría y desnuda realidad con que se le aparecía su propia conciencia, se reconvenía en silencio por su maldad y perfidia, creyendo inadmisibile que el padre Ángel llegase a tenderle su mano compasiva.

Faustino ya no pensaba en la libertad desde el momento en que el médico le hizo ver nuevos horizontes de luz para él desconocidos; ya no era el perdón de los hombres el que ansiaba, era el de Dios, al que aspiraba desde que escuchó las razones de Clemente, desde que pudo admirar la sublime bondad del padre Ángel, cuando de sus labios brotaron mil y mil frases de consuelo.

Contrito le suplicó le otorgase una hora para hacer en ella la primera confesión de su vida, a lo que el buen sacerdote accedió gustoso.

Toda la noche que precedió al día en que iba a confesar, la pasó en vela rezando y regando con sus lágrimas el suelo del calabozo, convertida su imaginación en vergel florido, donde se le ofrecía el perfume bendito de la fe y la esperanza.

Cuando la aurora asomaba penetrando su tibia claridad por entre los barrotes de la reja, vencido por el sueño cerró los ojos, y en su semblante reflejábase la satisfacción íntima que alimentaba en lo más profundo de su ser, desde el momento en que su espíritu, desligado de las cosas terrenas, contemplaba los celestes encantos y la bondad sin límites del supremo Hacedor.

El padre Ángel no se contentó con la salvación de aquella alma; quiso más, y valiéndose de su influencia consiguió la libertad para Faustino, pagando todas las deudas contraídas por éste; y proponiéndole un oficio para lo que también estaba dispuesto a ayudarle, pero a esto el joven manifestó su deseo de partir para el convento donde el padre Ángel vivió tantos años, suplicando le otorgase permiso para ello.

Clemente, una vez decidida la marcha de Faustino para el claustro, se brindó a acompañarle, tanto por tener este placer como por pasar algunos días junto al anciano cura, que nunca se alejaba de su memoria: así pues, se despidieron los dos jóvenes del Padre Ángel, que los abrazó estrechamente, recomendándole a Faustino mucho amor y piedad en la delicada misión que iba a emprender.

Cuando hubieron llegado al pueblo, juntos visitaron el campo santo, y esta vez fue Faustino el que rezó más contristado sobre el sepulcro de sus padres, llorando lágrimas de verdadero y profundo dolor.

Clemente no le dejó hasta que estuvo en el convento, regresando al pueblo a permanecer algunos días en la casa del bueno y venerable sacerdote, a quien quiso llevar a la corte, pero

no pudo conseguirlo por más ruegos que para ello empleó, pues el noble viejo quería morir en el mismo suelo que le vio nacer.

Con pena volvió de nuevo a Madrid el médico, donde fijó su residencia, casándose con una bella y virtuosa joven a la que amaba apasionadamente y de cuya boda fue padrino el confesor de S. M.

Faustino llegó a ser modelo de virtud evangélica, y terminó dignamente su carrera en las misiones de Filipinas, tras largos años empleados en difundir por doquiera las puras y saludables máximas del cristianismo.

El Padre Ángel andando el tiempo llegó a ser el amado pastor de una de las principales diócesis de España, honrando con su talento y sus virtudes su profesión y su patria.

Clemente, rodeado de una cariñosa familia, tuvo la satisfacción de saber los triunfos de Faustino en sus misiones, congratulándose muchas veces con el venerable arzobispo y anciano cura de haber coadyuvado tan felizmente a la conversión de aquel espíritu extraviado, y al departir sobre esto, con sus antiguos protectores, oíales profundas y elocuentes verdades acerca de la educación de la juventud, que mal encaminada corre fácilmente a su perdición, y bien dirigida labra con su propia ventura la dicha de sus semejantes.

La princesa Azul

Una tarde apacible y serena del mes en que Jesús vino al mundo, cruzaba lentamente las aguas del mar Cantábrico, remada por tres hombres, una ligera lancha pescadora.

El cielo se hallaba cubierto por algunas nubes rojizas que el sol poniente doraba con sus rayos.

Las aves marinas volaban por el espacio prontas a sumergirse en el agua para devorar algún pececillo incauto.

Los hombres de la lancha remaban silenciosamente, produciendo un ruido acompasado y monótono. El más joven de los tres, sin duda se encontraba en una de esas situaciones de la vida en que la melancolía domina por completo el corazón. Pobre pescador, sentía en su alma la lucha de ardientes pasiones, descollando la de la ambición en primer término. Vehemente e impetuoso, anhelaba otra existencia que la humilde en que le colocara la suerte al nacer; y en verdad que su semblante agraciado y varonil, sus ojos negros, y de mirada atrevida y profunda, y por último, su estatura proporcionada y la soltura de todos sus ademanes, bien merecían, a su juicio, otra posición más en armonía con su figura y manera de sentir.

¡Cuántas veces en sus tiernos coloquios con su anciana madre, de quien era único apoyo, hacía derramar lágrimas al manifestarle la amargura que sufría en su pobreza!

Tal vez esta idea, más sombría que nunca, atormentaba aquella tarde la imaginación del adolescente de dieciocho años.

Rafael, que este era el nombre de nuestro héroe, conocido entre sus compañeros con el apodo de el señorito a causa de sus pretenciosas ideas, movía lentamente el remo, fijos siempre sus ojos en las verdosas aguas del mar; y parecía absorto en sus pensamientos hasta el punto de no escuchar la conversación de sus compañeros.

-Mucho me engaño si dentro de un momento no vamos a tener encima un huracán de todos los diablos, a juzgar por el vientecillo traidor que se va levantando. Apresura los remos, a ver si podemos llegar a la orilla antes de que comience la marejada-, decía Tiburón, el más viejo de los marineros, a su compadre Ramón el Gordito, cuyo apodo debía a su grueso abdomen.

-¿No oyes, muchacho, lo que dice el patrón? -dijo el Gordito a Rafael-; ¿qué haces con ese aire bobalicón? ¿no ves cómo van hinchándose las narices al charquito? Mueve tu remo con fuerza, si no quieres que el viento, arreciando, nos destroce.

Como si aquellas palabras le despertaran de un sueño, el joven pasó la mano por su frente y púsose a remar con más vigor.

Bien pronto gruesas nubes cubrieron densamente el cielo, y un aire frío comenzó a agitar la tersa superficie, levantando la débil embarcación para volverla a dejar caer.

Siéndoles contrario el viento, imposible era el avanzar hacia la costa, de la que se hallaban considerablemente lejos.

Inútiles iban siendo cuantos esfuerzos empleaban los tres hombres para llegar hasta ella.

Por último, creciendo por instantes la impetuosidad del viento, hasta convertirse en terrible huracán, y después de una hora de desesperada lucha con los elementos, cerca ya de la costa, una ola embravecida arrojó furiosamente la lancha contra un peñasco, abriéndose en dos pedazos. Los tres marineros cayeron al agua, siendo juguete de ella por espacio de algunos instantes.

Tiburón y el Gordito lograron acercarse a las rocas, asiéndose fuertemente a ellas, mientras el joven Rafael pugnaba en vano por alcanzarlas.

Un nuevo esfuerzo, y pronto quizás logrará reunirse a sus compañeros que le aguardan llenos de mortal ansiedad.

Inútil, una nueva ola le arrastra mar adentro, elevando su cuerpo para sumergirlo después.

Una exclamación angustiosa se escapa del pecho de los pescadores.

De nuevo vuelve a aparecer Rafael sobre las aguas, pero en vano se agita desesperadamente llamando en su auxilio a los compañeros; las olas, hambrientas de su presa, sepultan en su seno al desgraciado joven.

Rafael habla salido a flor de agua por última vez. Juguete su cuerpo de las hirvientes oleadas que le atraían hacia el insondable abismo, describiendo un vertiginoso movimiento de rotación, fue lanzado hacia el fondo como un alud que se desprende de la montaña precipitado por la tempestad.

De pronto el líquido elemento dejó de ser; el haz inmenso de aquellas aguas tumultuosas tenía un límite determinado, nuevos espacios aéreos se extendían bajo la base siempre líquida de aquellos mares equilibrados sobre un fluido misterioso, sin duda por mano de Dios; y el naufrago desprendido del Océano como una gota de agua de la inmensidad de los espacios, atravesó aquella atmósfera con una velocidad que disminuía a medida que verificaba su descenso.

¿Cuánto tiempo duró éste? Rafael no hubiera podido precisarlo, aunque hubiera conservado el uso de sus sentidos; pero al llegar a su último periodo el cuerpo del joven descendía suavemente, y en su postrer revolución fue depositado en una nueva tierra, de vegetación vigorosa y sorprendente.

Aquel nuevo ambiente que aspiraba debía sin duda ejercer una acción favorable sobre su naturaleza, pues a los breves instantes volvió en sí, hallándose con más fuerza y aliento que nunca, contra lo que era de esperar después de tan terrible crisis.

Atónitas sus miradas, fijábanse en la extraña perspectiva que ante él se mostraba; árboles inmensos de coral, llanuras de un verde claro, rocas soberbias de granito, bosques salvajes e infinidad de pescados que cruzaban a una altura inconcebible sobre el espacio de aquel cuadro maravilloso, formando el brillo de sus escamas el más original y bello contraste con el color transparente y azulado, semejante a múltiples juegos de luces de bengala.

Rafael contemplaba todo aquello, admirándose de hallarse vivo; se tocaba la cabeza golpeándose para ver si era cierto que aún sentía. ¿Cómo era posible que no pereciera ahogado y cómo había podido llegar con vida hasta aquel fondo, que ningún mortal había conocido?

No estaba loco, puesto que recordaba perfectamente toda su vida, los nombres de sus compañeros, la lancha estrellada por el huracán, y la tenaz y desesperada lucha que había sostenido para librarse de las olas; recordaba a su madre, figurábasela desfallecida de dolor por su muerte, y entonces volvía de nuevo a tocarse para comprobar su existencia.

Avanzó algunos pasos con virilidad extraña y penetró al acaso en una selva frondosa, donde a los pocos momentos hubo de suspender su marcha embarazado por el espeso ramaje que se entrelazaba ante su paso. Iba a retroceder, pero en el mismo instante en que

giraba sobre sí para efectuarlo, se sintió suavemente sujeto. Volvió al punto la cabeza y halló ante su vista la criatura más original y hermosa que pudiera imaginar la mente de un poeta.

Era una mujer de quince a veinte años, blanca, pero tan extremadamente, que aparecía un tinte azulado en su rostro redondo y gracioso. Unos ojos de un azul oscuro, profundos y rasgados, fijaban curiosas miradas sobre Rafael.

No eran menos curiosas las de éste, y a fe que casi, casi, se iba olvidando de la tierra, absorto de encontrar hermosura tan ideal bajo el fondo de los mares.

Aquella deidad vestía un traje tan caprichoso como caprichosa era su belleza; una ligera túnica cuyo tejido semejaba escamas plateadas, cubría su cuerpo, dejando en descubierto los brazos y los hombros, y parte del pecho y espalda; sus pies diminutos estaban calzados por una especie de sandalia de la misma brilladora materia que el resto del traje; tenía los cabellos rubios, divididos en dos largas trenzas; una diadema de corales adornaba su cabeza, llevando brazaletes y collar de magníficas perlas engarzadas en un metal más brillante que el oro.

Nuestro joven quiso preguntar a la hechicera hada quién era y porque le detenía, pero fue en vano, porque aunque ella dejó escuchar la más armoniosa voz, lo hizo en idioma tan extraño para él que no logró comprenderla; únicamente entendió que la ninfa le señalaba a su derecha una vereda de la que él no se había apercebido, y que le indicaba que la siguiera.

Obedeciendo aquella indicación comenzó a caminar en pos de ella, cada vez más asombrado de cuanto veía.

Llegaron por fin al otro extremo de la selva, y pudo divisar Rafael, entre una vaga neblina, una ciudad fantástica y deslumbradora circuida totalmente por hermosos vergeles, entre los que se veían serpentear cual movibles cintas de plata, gran número de canales, surcados en diversas direcciones por pequeñas y lindas barquillas que tenían figura de cisnes. Una de aquellas aguardaba, sin duda, a la preciosa hada, porque saltó ligera en ella haciendo sentar a Rafael a su lado.

Un hombre joven y casi tan blanco como la ninfa remaba; su traje se componía de un calzón corto y una blusa ajustada por un cinturón. Una gorra de algas marinas cubría su cabeza.

En breves momentos llegó la barquilla frente a uno de los magníficos edificios de aquella ciudad populosa; un bellissimo arco de entrada daba paso al parque donde terminaba el canal, en cuyo extremo se elevaba el singular palacio. Detúvose el bote a su inmediación, y saltando los dos jóvenes en tierra penetraron en el edificio.

Tendió la niña su nacarada mano a Rafael y le hizo subir soberbias escaleras de jaspe que conducían a bellas habitaciones suntuosamente adornadas, en las que se ostentaban

ricos divanes de telas nunca vistas en la tierra, mesas de coral y conchas preciosas, y raras lámparas de pórvido y alabastro pendían del techo; jamás la imaginación de nuestro joven pudo concebir riquezas semejantes a las que abarcaban sus miradas en aquellos momentos.

Llegaron por fin a un salón mucho más suntuoso y espléndido que los anteriores, en el que sentado en un cómodo sillón estaba un anciano de blanca y larga barba, en cuyo rostro se notaba una altiva dignidad mezclada a cierta bondadosa expresión.

Acercose a él respetuosamente la linda joven y besándole en la frente le presentó a Rafael, hablándole en el idioma siempre para éste incomprendible.

Gran extrañeza debió causar en el anciano la presencia de nuestro joven a juzgar por los ademanes que hacía hablando con la ninfa; por fin, y después de acalorada discusión, le tendió su mano, qué Rafael se apresuró a estrechar y le dio a entender que aceptara una franca y cordial hospitalidad en su morada.

Después el anciano y la joven le acompañaron hasta una habitación en la que se veía un lecho de sándalo medio cubierto por gasas de color de oro, y todo lo necesario para entregarse cómodamente al descanso, y saludándole cariñosamente se alejaron.

Rafael al hallarse a solas de nuevo con sus recuerdos, frotábase los ojos y se miraba de alto a bajo en un espejo magnífico de aquel dormitorio primorosamente alhajado, que alumbraba una lámpara transparente suspendida por cadenillas formadas de piedras preciosas, que esparcía una tenue claridad sobre él y cuantos objetos le rodeaban; veíase con su miserable traje hecho girones y sonreía de placer ante la idea de despojarse de él y poder dormir en aquel blando y rico lecho que le destinaban, pensando que tal vez al siguiente día le presentarían sin duda alguna, traje digno de aquel palacio en que se hallaba mucho mejor que en su pobre choza.

Transcurrió la noche sin poder conciliar el sueño, y a la mañana siguiente, cuando ya empezaba a sentir alguna necesidad de alimento se abrió la puerta, penetrando por ella un pajecillo portador de un magnifico traje que dejó sobre un diván, indicándole que se lo pusiera y ayudándole a vestir. Pronto nuestro joven pudo presentarse, guiado por el servicial pajecillo, en un comedor donde le aguardaban el noble anciano y la gentil ninfa.

Toda la serenidad de que Rafael era dueño no fue bastante a reprimir el asombro que le causaba el lujo maravilloso de aquella mesa donde le ofrecían un sitio y sin embargo de que al joven no le era dado apreciar los detalles de refinado gusto y elegancia con que estaba servida, por la humildad de su pasado, admiraba el conjunto de toda ella.

Veíanse en jarrones de artísticas formas plantas, cuyas flores despedían suaves y penetrantes perfumes, centros preciosos en los que, combinadas con el mejor gusto, multitud de frutas incitaban el deseo, otros cargados de exquisitos dulces, vinos, licoreras de rosa y variados licores; todo esto servido por seis doncellas graciosamente ataviadas, que presentaban sin cesar aves, pescados y otros manjares succulentos.

El salmón, la dorada, la merluza, el lenguado, el congrio y la anguila; faisanes, perdices y toda clase de volatería con profusión tal, que dejaba muy atrás las bodas de Camacho y el célebre festín de Baltasar.

Terminada la comida se levantaron de la mesa; y el anciano condujo a Rafael a otra habitación, donde se veían multitud de plantas a la cual más extrañas. Diamantina, que así era el nombre de la bella niña, vino a reunirse a ellos presentándoles sus gorras de algas, adornadas con gruesos y deslumbradores brillantes, y besando al noble señor en la frente y haciéndole un gracioso saludo al joven les dejó.

Rafael siguió al anciano que se proponía mostrarle la población en que ya para siempre iba a habitar.

Recorrió con él los principales puntos, creciendo por momentos su admiración ante las muestras de una cultura superior a la que había visto sobre la tierra.

Infinitas cosas cuya explicación no alcanzaba se presentaban a su vista, y se esforzaba por demostrar su curiosidad, más apenas pudo satisfacerla por serle imposible hacerse entender de su acompañante.

Estas excursiones se repitieron con frecuencia, pues había sido instalado de hecho en el palacio del gran Molusco, que este era el nombre del viejo venerable, padre de Diamantina.

Ejercía dicho personaje uno de los cargos principales de la corte donde residía, formando además parte del Consejo Real, que constituía el más alto poder del Estado después del Monarca.

El gran Molusco dedicaba toda la parte libre de su tiempo al cuidado de la bella Diamantina, a quien adoraba, pues era la única hija que le dejara su esposa al morir.

Complacíase en todos sus caprichos; cuando la linda tirana halló en la selva al joven pescador, sorprendida e interesada por su aspecto, sintió el deseo de llevarle consigo por un capricho de infantil curiosidad, al que no supo oponerse su buen padre, movido quizás del mismo sentimiento.

En breve Diamantina logró hacerse entender del náufrago, y al cabo de algunos meses éste ya sabía hablar perfectamente el idioma submarino, y pudo contarles algo referente a la tierra que no conocían, aunque siempre llevado de sus ambiciosas ideas les ocultó su oficio y les dijo que era hijo de un gran personaje, pero que los trajes de la tierra eran mucho más humildes que los usados por los submarinos.

Supo captarse las simpatías del gran Molusco y el amor de su hija y tal vez hubiera sido feliz entre aquellos nobles corazones, dispuestos en su favor; pero su ambición crecía a medida que su fortuna, y aunque su alma se inclinaba hacia aquellos seres, cuya franca hospitalidad recordaba en los momentos en que su conciencia le acusaba de ingrato, bien pronto tornaba a olvidarlo para dar lugar al pensamiento que en su imaginación se iba desenvolviendo.

Habíale presentado el gran Molusco a su Soberano, siendo sumamente favorable para Rafael el recibimiento lleno de bondadosa amabilidad con que le honró su Majestad Submarina.

Fue invitado a un banquete en el que el Monarca lo presentó a todos los nobles de su corte y le declaró solemnemente hijo adoptivo de la gran ciudad Coralina, dándole un título de nobleza y un alto puesto cerca de su Real persona.

Con tan fausto motivo tuvo que dejar la morada del gran Molusco, para habitar en el palacio Real, con gran disgusto de la pobre Diamantina, que sentía en su pecho la cruel ponzoña de los celos; si bien es verdad que aun no reconocían causa determinada, abrigaba una inquietud infinita al saber que el joven iba a vivir a Palacio, lejos de ella que le adoraba, y a ver constantemente otras bellezas superiores a la suya. ¿No llegaría a olvidarla por otra más hermosa?

Los temores de Diamantina no eran infundados, pero todavía el pescador iba más lejos en sus aspiraciones de lo que ella imaginaba, puesto que sus miradas se fijaron desde luego en la única hija del Monarca, en la princesa Azul.

Habiendo observado el ambicioso joven la distinción de que era objeto por parte de la hechicera princesa, concibió en su mente la loca idea de enamorarla, llegando por este medio a ser príncipe, y quien sabe después...

Por otra parte era tan hermosa aquella altiva y orgullosa dama, era de un género tan extraño su belleza, que siempre que Rafael se hallaba en su presencia se turbaba ante criatura tan maravillosamente encantadora.

La blancura fantástica de su tez, el tenue tinte azulado que la envolvía, sus cabellos negros y ondulados, y unos ojos negros también y de expresión, ora dulce y graciosa, ora desdeñosa y altanera, y por último una boca de labios algo gruesos y muy rojos, respirando toda su persona un aire de majestad y elegancia que la distinguía entre todas las damas de su corte.

En esta preciosa criatura concentrábanse todas las esperanzas del pescador, aumentándose con el valimiento que iba tomando en el ánimo del Soberano, quien seguía todos sus consejos, hasta el punto de llegar a ser él quien verdaderamente gobernaba en Coralina.

Pero en lugar de aprovechar esta influencia en beneficio del pueblo, la aprovechaba con perjuicio de éste, para sus miras ambiciosas, y de ese modo la simpatía que despertara en el país íbase convirtiendo en odio para cuantos eran víctimas de su arbitrariedad.

Entre los que le miraban como enemigo irreconciliable figuraba el príncipe Algarino, primo del Rey y esposo destinado a la princesa Azul, a la que amaba apasionadamente.

Cuando Algarino observó el agrado con que ésta acogía cuantos proyectos partían de Rafael, y el naciente amor que en el corazón de la princesa se empezaba a manifestar hacia el extranjero, sus celos estallaron y llegó hasta perder el respeto debido a la hija de su rey, diciéndola que debía estar gozosa, puesto que su padre profesaba las mismas simpatías hacia aquel advenedizo terrestre, a quien así le era tan fácil conquistar su Reino como el corazón de su hija, y que no tardaría mucho en ser rey de Coralina.

La joven princesa le volvía la espalda reprochándole su falta de respeto, y el pobre Algarino le pedía entonces perdón en gracia a los celosos sufrimientos que le torturaban, y al infinito amor que le consagraba, prometiendo no volver a incurrir en tan grave falta.

El descaro y osadía con que Rafael manifestaba sus pretensiones a la princesa, llegaron a ser tan notables, que el mismo Monarca se apercibió de ello y le llamó a su presencia, diciéndole clara y terminantemente que aunque le profesaba un tierno afecto jamás consentiría un enlace con su hija, prometida ya a un príncipe de la sangre, siendo además imposible porque las leyes del país no permitían la unión de sus reyes con extranjeros.

Grande fue la decepción de nuestro ambicioso pescador, que viéndose casi rey se hallaba detenido bruscamente en su camino; pero no por esto cejó en su empeño, sino que olvidando las bondades que debía al Soberano, como había olvidado al gran Molusco y a la tierna Diamantina, fraguó indigna conspiración contra el poder real, a fin de llegar por este medio a la meta de su ambición.

No se hizo esperar el castigo de su criminal intento; porque habiendo sido descubierta la tenebrosa trama urdida por él, fue conducido a una prisión, donde Algarino dio la orden de vigilarle cuidadosamente, hasta que llegara el fallo de los Tribunales; no tardó éste y nuestro héroe fue sentenciado a expiar con la vida su delito.

Pensó entonces Rafael en la buena y sensible Diamantina, y echábase en cara el abandono y la ingratitud con que había recompensado al gran Molusco, a quien debía todo el esplendor de su pasado y comprendía que le era bien justo y merecido su castigo por cruel que fuese.

Diamantina tampoco le olvidaba, aunque bien lo merecía; había probado a implorar del rey el perdón para el ingrato, pero sus súplicas no fueron escuchadas y tuvo que volverse llorosa y avergonzada a su palacio.

Algarino, que deseaba el cumplimiento de la sentencia, cuando ésta fue pronunciada se dio cuanta prisa le prestaban sus triunfadores celos y la sed de venganza que abrigaba contra el pescador, a quien tanto aborrecía.

Llegó por fin el día en que iba a ser conducido al suplicio. Sacáronle de la prisión entre muchos hombres, que le clavaban agudas espinas causándole un dolor terrible e insuportable; de esta suerte recorrieron un largo trayecto hasta llegar a una plaza donde se pronegó la sentencia, y desde allí seguidos de la multitud que perseguía con sus denuestos

al extranjero, llegaron a un monte, donde había de tener lugar la ejecución, arrojándole desde la cúspide por la boca de una horrible sima.

-Vas a morir por ingrato y ambicioso, -dijo una voz.

Y al mismo tiempo, sintiéndose bruscamente cogido por unas férreas manos, fue lanzado con violencia al espacio.

Sufrió un estremecimiento de mortal angustia, dio un grito extendiendo los brazos y... se despertó...

Efectivamente, Rafael el pescador acababa de salir de un profundo letargo originado por la fiebre.

Salvado por un buque mercante, donde pudieron ser oídas las voces de sus compañeros en demanda de auxilio para el náufrago, hallábase en su lecho al lado de su madre que enjugaba cariñosamente las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente, efecto de la terrible pesadilla, en la cual le mostrara la Providencia el castigo que tiene toda ambición.

Cuando más adelante y restablecido ya, pudo reflexionar sobre las peripecias de aquella extraña alucinación, aplicándolas comparativamente a los hechos menos extraordinarios, pero semejantes en el fondo, de la vida real, en lo relativo a la lucha de pasiones bastardas, miraba dulcemente a su buena madre y la pobreza de su choza; y si bien había perdido la dorada perspectiva de aquel encanto mágico, hallaba mayor compensación al respirar la tranquila atmósfera donde viven los corazones consagrados al trabajo y la honradez, libres de enconadas pasiones como las que le habían agitado en su letárgico sueño.

Su salvación casi milagrosa y el recuerdo de aquel delirio modificaron extraordinariamente los sentimientos de Rafael, que conformándose con la suerte que al nacer le había sido deparada, logró disfrutar una existencia tranquila sin dejar de ser pescador.

El niño piadoso

Juanito era un niño expósito. Abandonado en medio de la calle, fue recogido por una mujer que pasaba y a quien conmovió el débil llanto del niño. Aquella buena mujer era pobre y tenía además dos hijos, Marta y Francisco, los cuales recibieron aquel nuevo hermano indiferentes, y ni alegría, ni pena les causó su vista. Más adelante, cuando Juan contaba cinco años hicieron de él un objeto de burla y nunca le llamaban por su nombre, sino con los más denigrantes mote; su madre adoptiva, buena al principio, fue agriando su carácter, efecto del mal trato de su marido; y como el niño era pequeño aún para el trabajo, le enseñaron a pedir limosna y todas las noches volvía aterido de frío con el poco fruto que recogía. Así fueron pasando los años y ya Juan contaba nueve, cuando una noche se le ocurrió entrar en un templo donde se celebraba una novena a la Virgen. La iglesia llena de luces y gente parecía una ascua de oro; dulce calor acariciaba el cuerpo de Juanito; jamás bienestar semejante inundó su corazón; poco a poco fue fijando su atención en la Madre de Dios que, cubierta con riquísimo manto y cuajada de brillantes piedras sobre su altar, bajo el severo dosel de terciopelo encarnado con franjas de oro, parecía que miraba con dulce y sonriente expresión al pobre Juanito. Desde el púlpito el orador sagrado ensalzaba a la Santa Virgen, llamándola madre amorosa de los desamparados y consuelo del que sufre.

-Madre, madre mía, murmuraba Juanito; tú eres mi madre, una señora tan hermosa, tan bendita y a quien todos adoran de rodillas, pero como antes no he venido a verte, como no te conocía, nunca me han dicho tu nombre, no sabía que tuvieras este palacio donde el consuelo y el calor llenan por vez primera mi alma. Bendita seas, Señora, yo te adoro y vendré todos los días a verte, madre mía. Permaneció absorto en su éxtasis, hasta que la función terminó; entonces pensando en la realidad, salió del templo y tendió su mano para pedir; aquella noche la recolecta fue mayor que nunca, por lo cual Juanito fue bien recibido en su hogar y le dieron bien de cenar. Después, tendido en su tísico jergón, se durmió creyendo ver la resplandeciente y bella figura de la Madre de Dios que le miraba sonriendo.

En las noches sucesivas Juanito volvió al templo y siempre después de la novena recogía buena cantidad de limosnas que contento llevaba a su familia. Al terminar una de aquellas noches la función religiosa, el niño como siempre tenía fija su vista en la Virgen Soberana y la llamaba mentalmente con los más dulces nombres, reflejándose en su rostro la beatitud e inocencia que rebosaba su alma. No lejos de él un sacerdote de venerable aspecto le observaba con vivas muestras de satisfacción y contento. Ya hacía tres noches que Juanito era observado atentamente por aquel venerable señor, que había formado el proyecto de amparar y proteger, en nombre de la Santa Virgen, aquel devoto y cándido niño, cuyos harapos indicaban bien claramente su necesidad y su miseria. Cuando Juanito se levantaba para marcharse, el sacerdote se acercó a él y haciéndole una seña, le indicó que le siguiera. El niño le siguió y ambos penetraron en la sacristía; allí el señor cura, haciendo no pocas preguntas a Juanito, pudo apreciar la desgracia y la virtud de aquel niño a quien el amor a la Divina y celestial Reina de los cielos iba a sacar de la miseria y abandono por la mediación del ministro de su altar.

Juanito fue recogido por el sacerdote, y educado en la más noble y santa vida. Llegó a ser un notable pintor, dedicado por afición a este arte toda su vida, que consagró al trabajo y a la oración, y cuando pudo hallarse dueño de un modesto capital, se llevó a su madre adoptiva, vieja y abandonada por sus hijos, y (cosa rara), él fue quien le enseñó a amar a Dios y a mirar en la Santísima e inmaculada Virgen, la protectora y el amparo de todo el que en su santo amor confía.

La niña abandonada

En una tarde fría y serena de enero se hallaban sentadas en uno de los bancos de piedra que frente al estanque del Retiro existen, una señora modestamente vestida, bastante joven aún, y una niña como de doce años de edad, tan linda y risueña como la más grata ilusión; su traje, aunque extremadamente sencillo, tenía un sello particular de distinción y elegancia, y en toda su persona hallábase cierto no sé qué de encantador y atractivo perfume de bondad y pureza; en su frente tersa y ligeramente morena, veíase ese destello sublime del genio, con que, sin pretenderlo, se distingue de los demás seres; tan hermosa niña albergaba en su pecho juvenil un corazón mucho más bello que su rostro.

Hacía largo rato que permanecían en aquel sitio, cuando la jovencita se levantó tratando de coger un pajarillo que, un poco más allá del banco que ocupaban, había visto caer; la señora la siguió con la vista cariñosamente, y una sonrisa de orgullo maternal entreabría sus labios al contemplarla. La niña alzó del suelo al pajarito que medio muerto de frío, sin duda, cayó de un árbol, y con las más dulces caricias, abrigándole dentro de su manguito, trataba de reanimarle. De pronto sus miradas cambiaron de objeto, al mismo tiempo que su atención dejaba de fijarse en el pajarillo. Había visto entre la valla de ramaje que divide dos alamedas un bulto que al pronto no distinguió, pero, después de considerarlo atentamente, pudo convencerse de que era una niña de ocho años a lo sumo; volvió inmediatamente a su madre y le suplicó que fuese con ella a preguntar a aquella pobre criatura porque estaba sola y se habla dormido allí; la buena señora siempre condescendiente con su hija, a quien adoraba, la siguió hasta el lugar donde la niña dormía.

Conmover en extremo era el aspecto de aquel ángel, que, sobre la tierra inclinada su rubia cabecita, soñaba tal vez con el cielo azul y transparente que la cobijaba, cual manto diáfano y purísimo que velaba su inocencia, cual divino dosel sobre el que centelleaba el astro del día irradiando cambiantes de luz deslumbradores, pálido reflejo de la mirada de Dios sonriendo con eterna bondad a todas sus criaturas. Sus manecitas amoratadas por el frío oprimían un papel sucio y arrugado y entre sus párpados cerrados se veía aún la huella de recientes lágrimas.

La niña, a quien llamaremos María, se inclinó sobre la pobre abandonada, y agitándole suavemente un bracito la despertó: abriéronse sus ojos azules y rasgados expresándose en ellos el asombro; sin duda no esperaba despertar allí ni ser observada por aquellas personas. Hizo un esfuerzo para levantarse, pero sus piernas entumecidas se negaron a sostenerla. Entonces María se sentó en el suelo junto a ella, mientras su madre le preguntaba si se había perdido, si tenía padres y otras mil cosas por el estilo, pero la pobre niña no respondía a ninguna de las preguntas; solamente cuando María con voz dulce y persuasiva le dijo que cómo se llamaba, contestó que Juanita; por fin, llegaron a comprender por el papel que entre las manos le vieron, que no tenía padres, y que recogida por unos parientes pobres, éstos no pudiendo conservarla a su lado la llevaron dormida hasta aquel sitio, dejándola allí en la confianza de que alguna alma caritativa la recogiera. María y su madre resolvieron por de pronto llevársela a su casa, donde le darían abrigo y de comer, y después discurrirían el mejor partido para ella; la buena y piadosa María le puso el abrigo que llevaba al brazo, y dándole la mano la ayudó a levantarse, mientras la pobre Juanita, encantada por el cariño que le demostraban, sonreía confiadamente y olvidaba su pena anterior para no pensar más que en María y su madre. Libre ya la primera del cuidado de Juanita, recordó el pajarito que había recogido medio helado, y sacándole del manguito pudo ver que el calor le había reanimado, hasta el punto de hacerla lanzar una exclamación de alegría al observar que picaba las miguitas de pan, que para los peces del estanque llevaba a prevención. -María querida-, decía la noble niña -¡qué dichosa soy! Hemos aprovechado bien nuestro paseo salvando del hambre y del frío a dos inocentes.

María no consintió separarse de Juanita, y su tierna madre tampoco quiso oponerse a este deseo, porque Juanita agradecida y complaciente merecía todo el cariño de sus protectoras que, sin ser ricas, disfrutaban una modesta medianía y atesoraban la mejor y más grande de las riquezas: la del alma.

María no descuidó tampoco el pajarillo, y éste vivió largos años en una preciosa jaula, demostrando su agradecimiento con los alegres trinos que cantaba siempre que veía aproximarse a su joven protectora. Por recompensa de su acción con la huérfana, además de la gratitud de la persona, protegida (que no siempre se obtiene), y de tener una amable y cariñosa compañera en sus juegos infantiles, alcanzaron madre e hija la que anhelan todos los corazones generosos, la satisfacción de la práctica del bien, verdadera dicha que todos podemos gozar sobre la tierra.

Haz bien y no mires a quien

Proverbio

Hace unos cuatro años, que al pasar un rico banquero madrileño por una pequeña aldea de la Mancha, oyó los desesperados lamentos de unos ancianos marido y mujer, que, a la puerta de su miserable choza, lloraban amargamente pretendiendo, aunque en vano, consolarles casi todos los habitantes de la aldea que se agrupaban a su alrededor.

-¿Qué sucede aquí? preguntó con interés, mandando detener el coche en que iba.

-¡Ah! buen señor, una desgracia horrible, contestó una apergaminada viejecilla, acercándose al opulento caballero.

-¿Por qué lloran esos ancianos?

-Porque su hijo Blas ha salido soldado y no tienen más amparo que él para sostenerse toda la familia. Su pobre padre, enfermo hace muchos años, no puede trabajar, y el hermano mayor es un perdido, un vagamundo que por no sujetarse prefiere ir pidiendo limosna de pueblo en pueblo. ¡Pobres gentes! ¡se van a morir de pena! dijo la viejecilla, enjugándose las lágrimas con la punta del delantal.

El caballero se apeó del coche, y apartando a la multitud que le obstruía el paso, entró en la miserable casucha, arrastrando tras de sí a Blas, que, mustio y cabizbajo, se apoyaba en el quicio de la puerta.

-¿Es V. el único amparo de sus ancianos padres? le preguntó.

-Sí, señor; con mi trabajo sostengo a ellos y a mis pequeños hermanitos; si les falto ¡infelices! ¡se morirán de hambre! dijo el pobre muchacho tan conmovido, que tuvo que apoyarse en una mesa para no caer.

-Bien; V. es honrado y trabajador, y yo me complazco en proteger a todo el que lo merece; por lo tanto, aquí en esta bolsa tiene V. ocho mil reales para que puedan comprarle un sustituto.

Blas, estupefacto, trémulo de emoción, se quedó mirando al caballero, sin poderse dar cuenta de la impensada fortuna que se le entraba de rondón por la puerta de su casa.

El banquero no pudo menos de reírse al ver la grotesca facha del pobre muchacho, que con la bolsa en la mano y con la boca abierta no acertaba a pronunciar ni una palabra.

-¡Ea! adiós, le dijo, tocándole en el hombro, si algún día necesitas de mí, aquí tienes una tarjeta con mi nombre y las señas de mi casa en Madrid.

El caballero salió del cuarto y desapareció de la villa sin que Blas hubiera vuelto de su asombro, hasta que su madre, curiosa como todas las viejas de aldea, deseando saber lo que le había dicho el caballero, entró a preguntárselo.

-Yo no sé, madre, lo que me ha dicho, contestó el muchacho; sólo sé que ya no soy soldado, y esto me ha producido tal alegría que estoy como tonto.

-¿Qué dices? ¿estás loco?

-No, señora, aquí están los ocho mil reales para el sustituto.

-¡Ay Virgen mía!... ¡qué milagro tan grande! exclamó la pobre mujer, cogiendo la bolsa y besándola, y abrazando a su hijo con los más vivos transportes de júbilo.

Luego salió corriendo a la escalera para contárselo a todo el mundo; pero sus arrebatos se calmaron ante la gritería de infinidad de personas que acababan de presenciar una riña entre dos mozos y llevaban uno de esos gravemente herido.

Era el hijo de los pobres ancianos, el hermano mayor de Blas que acababa su vida en medio de los desórdenes y disputas de su conducta desenfadada. Con su muerte libró a Blas de la suerte de soldado, quedando los ocho mil reales en poder de la honrada familia, que se propuso devolverlos a su dueño en la primera ocasión.

En efecto, el banquero recibió una carta de Blas en que ponía a su disposición aquella cantidad por no serle ya necesaria, a la que contestó diciendo:

-Si hoy labras la tierra como jornalero, compra con esos fondos fincas y lábralas como propietario; yo te las presto por tiempo indefinido: ¿quién sabe si algún día tendrás que devolvérmelos con creces?

El pueblo de Blas era miserable, de escasa riqueza; pero con vasto territorio, cuyo valor era muy escaso, por lo cual pudo el honrado jornalero adquirir muchos terrenos con aquella modesta suma, que fue el origen de una gran fortuna, porque al cabo de algunos años Blas, a fuerza de trabajo y economía, había logrado multiplicar el capital considerablemente. Después, con los adelantos del siglo, la aldea se vio atravesada por el ferrocarril, y las fincas que comprara por ocho mil reales, le valieron ocho mil duros, con los cuales adquirió una gran posesión y una fábrica de harinas, consiguiendo en catorce o quince años hacerse el propietario más rico de aquellos contornos.

Siguió siendo siempre hombre honrado y laborioso; no consintió en casarse ni abandonó a sus padres hasta que murieron; entonces dio su mano a una honesta joven del pueblo, y se consagró por completo a cuidar de la fortuna de sus hijos, pues tuvo en pocos años cinco o seis hermosas criaturas.

En el pueblo no le llamaban ya Blas el jornalero, sino D. Blas el propietario, siendo querido y respetado de todos por la piedad y por la nobleza de su corazón. Jamás llegaba un

pobre a su puerta sin que fuese socorrido, y en memoria del origen de su fortuna libraba cada año a un quinto de la suerte de soldado.

Nunca había salido de la Mancha; pero cuando el ferrocarril estuvo concluido, fue a Madrid con el único objeto de buscar a su bienhechor; pero fueron inútiles sus tentativas, porque nadie supo darle razón de su paradero: únicamente pudo averiguar que habiendo perdido toda su fortuna se declaró en quiebra, y tuvo que abandonar a España por librarse de los infinitos acreedores a quienes no podía satisfacer. De esto hacía ya muchos años.

Apesadumbrado con estas noticias, volvió Blas a la Mancha, sintiendo desde aquel día honda tristeza por la suerte de su generoso protector.

Continuó en sus tareas, consiguiendo a fuerza de tiempo desechar su melancolía, si bien no dejaba de consagrar con alguna frecuencia un tierno recuerdo al noble desconocido que se veía en la miseria, sin pensar que en aquél rincón de la Mancha tenía una fortuna a su disposición.

Como si Dios hubiera bendecido al honrado Blas, sus bienes se multiplicaban de una manera prodigiosa, sus campos siempre eran los mejores, y las industrias que emprendía por favorecer a las gentes del país, las más provechosas.

Inmediato a la estación del ferrocarril tenía montada una magnífica fabrica de harinas, y contigua a ella la suntuosa casa que habitaba con su familia.

Era un día de invierno, lluvioso y sumamente frío; anocheció, y al retirarse a su casa el buen propietario, mandó encender todas las chimeneas y preparar una abundante cena para los infelices trabajadores y empleados del ferrocarril que a causa del temporal de continuas lluvias que atravesaban se veían sin trabajo y sin pan.

Serían las nueve de la noche cuando sintieron cercano el agudo silbido que anunciaba la proximidad del tren. Poco después un ruido espantoso y un grito unánime salió a un tiempo de millares de bocas, indicando un acontecimiento desgraciado.

-¡El puente se ha hundido y ha descarrilado el tren!... Corramos en su amparo, gritó D. Blas, saliendo acelerado de su despacho y dirigiéndose al sitio de la catástrofe.

En efecto, un lastimoso cuadro se ofreció a sus ojos.

Los coches estaban destrozados y los viajeros, unos muertos y otros heridos o contusos, se hallaban en espantosa confusión arrojados por el camino. La lluvia que caía a torrentes y la oscuridad de la noche hacían más imponente la triste escena.

-¡Luces pronto!... ¡Vengan faroles!... gritó D. Blas lanzándose el primero a socorres a las infelices víctimas de tan espantosa catástrofe.

Su actividad crecía a medida que los infelices iban siendo socorridos. Hallábase en todas partes dando órdenes y atendiendo a todo de una manera prodigiosa. Parecía increíble tanta serenidad, tanta intrepidez y tanto amor al prójimo, reunidos en un solo hombre.

A su ejemplo le ayudaban, haciendo también prodigios de valor, su mujer sus hijos, sus criados, sus operarios y los vecinos del pueblo que acudieron al llamamiento, secundando maravillosamente al generoso D. Blas, que convirtió su casa en un hospital, auxiliado con la mayor eficacia. Entre los heridos se hallaba un pobre anciano que llevó un fuerte golpe en la cabeza, de cuyas resultas perdió el sentido, pasándose muchas horas sin que lo pudiese recobrar. Don Blas, atraído hacia él por un secreto impulso, estaba de rodillas al pie del lecho, procurándole cuantos remedios le sugirió su ardiente celo y consiguiendo al fin que abriese los ojos.

-¿Cómo se encuentra V.? le preguntó con tierna solicitud.

-¡Ah! tengo un dolor horrible de cabeza. ¿Pero, dónde estoy?... ¿Qué me ha sucedido?... contestó el anciano con dulce y sonoro acento.

Era tan simpática aquella voz, tenía un timbre tan argentino, que conmovió profundamente al caritativo Blas, recordándole el eco parecido de una voz que después de veinte años resonaba todavía en su corazón.

-¡Oh! ¡Esta voz, estas facciones... yo creo reconocerlas!... decía para sus adentros Blas.

El anciano volvió a poco a quedarse aletargado, apoderándose de él una fuerte calentura que puso en gran peligro su vida.

Quince días permaneció sin conocimiento, recibiendo de Blas durante este tiempo los más exquisitos cuidados y las atenciones más cariñosas.

Una idea fija, un presentimiento del corazón le decía que aquel anciano, al parecer tan pobre y miserable, era su protector, el rico banquero que veinte años antes le dio, sin conocerle y sin preguntar siquiera su nombre, ocho mil reales para librarse de la suerte de soldado.

Ardía en deseos de verle bueno para calmar su afán. Por fortuna no tardó en conseguirlo; el médico declaró un día que estaba fuera de peligro, viéndole completamente en su acuerdo y que empezaba a preguntar sobre las circunstancias que le habían conducido a una casa donde era atendido con tanto amor y respeto.

-¡Vaya! ¡vaya!... señor mío, le dijo Blas en tono festivo; ya pasó la calentura y los delirios y vamos entrando en razón.

-Gracias a la bondad de V., que no sé cómo pagarle tantos beneficios, contestó el enfermo, estrechando afectuosamente la mano de Blas.

-Quién sabe si seré yo el deudor, contestó éste, cada vez más seguro de que hablaba con el arruinado banquero.

-¿V., deudor? No sé por qué.

-¡Bah! es preciso descubrir la incógnita: ¿V. se llama D. R. López? dijo Blas alegremente, pretendiendo abrazar al anciano; pero éste, sumamente asustado, exclamó con tono de espanto:

-¡Por piedad!... caballero, no vuelva V. a pronunciar ese nombre; que nadie me descubra, porque estoy arruinado.

-Pero, en efecto, ¿es V. el banquero López? No tema nada de mí; no soy uno de los acreedores; soy su amigo, más bien su administrador, que he hecho producir ocho millones de reales a los ocho mil que me dio en préstamo indefinido y que hoy devolveré con creces.

-¿Qué dice V.? exclamó el anciano incorporándose y mirándole sin comprender lo que decía, porque ni remotamente recordaba el acontecimiento que había hecho la fortuna de Blas.

-Que, ¿no me conoce V.? yo sol Blas, el jornalero a quien entrega V. ocho mil reales hace veinte años para librarse de la suerte de soldado.

-Hijo, no tengo de ello la menor idea; ha sido mucho el bien que hice en la época de mi prosperidad, pero como los beneficios suelen sembrarse por lo general en terreno ingrato, nunca me cuidé de conservar el nombre de mis socorridos; yo hacía la caridad por amor a Dios y al prójimo, sin esperar en este mundo la recompensa.

-¡Oh! pues esta vez no ha dado V. con un ingrato, dijo Blas llorando, porque en estos veinte años no he dejado de pedir a Dios por mi protector ni un solo día y hasta ofrecí una misa a la Virgen de las Angustias si conseguía encontrar a V., para entregarle los ocho millones que me ha producido su préstamo.

-¡Dios te bendiga, hijo mío!... exclamó el noble anciano, dejando correr sus lágrimas y abrazando al joven, que, trémulo por la emoción, no acertaba a pronunciar una palabra.

La familia llegó y todos prodigaron al señor López sus cariñosas atenciones.

Cuando estuvo bueno, Blas se empeñaba en que admitiera la cesión de las riquezas que había adquirido a fuerza de laboriosidad y de economía.

-Eso nunca, Blas, le decía; sólo deseo tu cariño; quiero que seas mi hijo, porque eres el hombre más honrado que he conocido; soy un pobre viejo, sin familia, sin amigos; déjame

vivir contigo y habrás satisfecho convenientemente tu deuda de gratitud.

-Pero es necesario que V. recobre su crédito, que pague a sus deudores; disponga V. para ello de todo cuanto poseo.

-Corriente, en ese caso nos iremos a Madrid, rehabilitaré mis negocios y tú estarás al frente de ellos.

Tres años después de este acontecimiento el banquero López y el agradecido Blas eran en Madrid honrados capitalistas, disfrutaban una distinguida posición social y en la intimidad de su casa eran sumamente felices, teniendo muchos amigos y muchas personas que les amaban sinceramente, pues recordando el origen de su fortuna practicaban la caridad, teniendo presente el admirable proverbio de «Haz bien y no mires a quién».

Contra tedio caridad

Carmelita era una hermosísima joven, de nacarada tez y ojos de cielo, huérfana y única heredera de un opulento marqués.

Hallábase rodeada de todos los goces que proporciona una inmensa fortuna. Multitud de criados con lujosas libreas atravesaban los vastos salones de su palacio, decorado con una magnificencia regia. Los placeres de la sociedad brindábanla con sus encantos, y los jóvenes más gallardos de la corte se disputaban sus favores.

El incienso de la lisonjera alucinación quemábase en torno suyo continuamente por toda clase de personas, anhelando como una gracia especial una sonrisa de la aristocrática Carmelita, una leve mirada de la encantadora marquesa, considerándose en el colmo de la dicha si lograban ser recibidos una sola vez en su gabinete de confianza, viendo en ello una muestra benévola que rara vez concedía.

Penetremos en esta pieza.

Figuraos, lectores míos, todos los primores del arte, todas las maravillas del lujo y la riqueza hermanadas con el buen gusto. Figuraos, allá en vuestra imaginación, una casa muy superior a cuanto hayáis visto, y tendréis una idea de aquel aposento, donde el objeto más

insignificante había costado enormes sumas, y todos sorprendían por su riqueza artística o por su valor.

Pues bien: ninguno de aquellos primores, ninguno de los goces con que le brindaba su posición, era bastante a distraer el eterno hastío que enervaba el alma de la joven marquesita, haciendo languidecer sus mejillas y dando a sus miradas un fulgor melancólico y apagado.

Vedla con la mano en la frente, los ojos fijos en un pedazo de cielo que descubre a través de las colgaduras del balcón, y llamando al sueño en su auxilio como un bien precioso, como un beneficio inestimable.

Abriose una puerta y una joven entró en la estancia.

-No te he llamado, Leontina; ¿a qué vienes? dijo la marquesa de mal humor, al advertir la presencia de su doncella favorita.

-Es que acaban de traer esta carta para V. E.

-Déjala en ese velador y será la centésima que hoy recibo.

-Esperan contestación.

-Que venga otro día: no tengo ganas de leer; y si no quiere, que se la lleve y me deje en paz. Será de algún importuno de los muchos que me asedian, contribuyendo a fastidiarme más con sus necios galanteos.

Leontina salió, volviendo a poco rato con semblante entristecido.

-¿Otra vez aquí? gritó la elegante dama. ¿Qué traes?

-Señora, el que ha traído la carta me ha dicho con acento suplicante, y que me ha hecho estremecer de pena, que de la contestación de V. E. pende la vida o la muerte de una familia desgraciada.

-Léemela tú, repuso Carmelina, incorporándose y abriendo con interés sus hermosos ojos.

La doncella leyó:

«En la calle del Sacramento, numero 8, bohardilla, vive un digno empleado, cesante, a quien la desgracia ha perseguido hasta el extremo de no tener un pedazo de pan que dar a sus hijos. Hace tres días que esta familia no ha probado alimento alguno, y perecerán todos si V. E. no se digna acudir en su auxilio».

-¡Dios mío! ¿y se ha marchado? dijo la marquesa levantándose vivamente de su asiento.

-Sí, señora.

-Pues vamos, ven conmigo, quiero verlos.

-¿Mando poner el coche?

-No hay momento que perder; iremos a pie.

-¡Pero si esta lloviendo!

-¿Y qué importa?

Rápida como el pensamiento, entró en su tocador, cubrió sus hombros con una manteleta de terciopelo, su cabeza con un sombrero, tomó algún dinero y salió seguida de la doncella.

El carmín que coloró sus mejillas, hacía mucho tiempo que no brotaba de aquel modo, y el brillo de sus antes lánguidos ojos era tan intenso, como la emoción que sentía en su pecho.

Por fortuna su casa no estaba lejos de la calle del Sacramento. Llegaron al número 8.

La lluvia había empapado el abrigo de la marquesa, pero no lo advirtió.

Sube ciento y tantos escalones y llama por sí misma a una puertecilla baja y estrecha, que se ofreció a su vista en un largo corredor.

Un profundo gemido respondió a su llamamiento; empujó la puerta, se abrió y penetró en una pieza pequeñísima.

¡Qué espectáculo tan doloroso se presentó a sus ojos! Quedose absorta.

¡Jamás hubo imaginado su mente un cuadro tan sombrío!

Se asombraba al ver como una familia de ocho personas vivían en aquel chiribitil sin aire, sin luz, sin sol y sin ninguno de los efectos necesarios para la comodidad de la vida.

En un extremo de la pieza hallábase sentado en el suelo un pobre enfermo, apoyando las manos en la cara y los codos en las rodillas, teniendo a su lado tres niños pálidos y demacrados que le pedían pan con lastimero tono. En otro lado yacía acostada sobre una estera y cubierta con un pedazo de paño hecho jirones, una mujer que debió ser hermosa en otro tiempo, pero el hambre y el dolor habían ajado sus facciones e impreso en su rostro el sello de la miseria.

Tres niñas la rodeaban, moribundas, y con tan pocas esperanzas de vida como el resto de la familia.

La marquesa cayó medio desvanecida en brazos de su doncella, no pudiendo sufrir la atmósfera fétida e insalubre que se desprendía de aquella pieza. Dominose por fin, y aplicando a su nariz un pomito de esencia, llegó cerca de la enferma, que la contemplaba con los ojos brillantes por el ardor de la fiebre.

-¿Venís, señora, a aliviar nuestra agonía? le preguntó con voz débil la pobre mujer.

-¡Vengo a salvaros!

-¡Dios os bendiga!

-Decidme qué debo hacer.

-Dad pan a mis hijos y a mi marido, que se mueren de hambre.

-¿Y vos?

-Yo sólo quiero morir.

Con la rapidez con que habla subido la escalera Carmelina, la volvió a bajar.

Cuando estuvo en la calle dijo a su doncella:

-Inmediatamente vas a la primera fonda que encuentres, tomas un coche para que llegues antes, y trae los manjares más exquisitos que tengan preparados, para que sacie su hambre esta infeliz familia.

Leontina obedeció.

Preparábase la marquesa para volver otra vez a la bohardilla, cuando vio en la misma casa un cuarto segundo desalquilarlo. Llama en el principal y pregunta por el casero.

Un caballero anciano se presenta, y en breves momentos queda arreglado el contrato: toma Carmelina las llaves y se dirige a la bohardilla. Su doncella la alcanzó en la escalera, la cual venía seguida de dos camareros con suculentas viandas que despedían un olor agradable.

-Vas al momento, dijo a Leontina, entregándole las llaves, a decir a mi mayordomo que en el término de dos horas me ha de poner amueblado y listo para habitarse el cuarto segundo de esta casa, cuyas llaves te doy.

-Serán cumplidas las órdenes de V. E., dijo Leontina, alejándose con rapidez.

La marquesa mandó a los criados de la fonda dejar las viandas en el suelo, y retribuyéndoles generosamente, les despidió, quedándose sola con aquella familia, cuyos pálidos y enflaquecidos rostros reanimáronse al sentir el olor que despedían los manjares.

Jamás Carmelina hubo presenciado una escena semejante, sintiendo su corazón un placer desconocido, una inmensa satisfacción que llenaba su alma y le hacía mirar la vida bajo otro punto de vista más dulce que hasta aquel momento.

Al contemplar aquellos niños hambrientos que devoraban con ansiedad cuanto les presentó, brotaron las lágrimas a sus ojos, y un rayo de alegría iluminó su semblante.

-¡Qué hermoso es hacer bien! murmuraba.

-¡Oh! ¡bendigo las riquezas que me proporcionan este rato de placer! Ya desde hoy no volveré a fastidiarme, porque buscaré infelices a quienes socorrer; y seré muy dichosa si cada día de mi vida consigo, cual hoy, enjugar las lágrimas del infortunio y salvar a una familia de la muerte.

Hizo que la enferma tomara algún alimento, sirviéndoselo con la mayor ternura. Igualmente animó al marido, que sólo pensaba en morir, obligándole a tomar un poco de sopa y un buen trozo de gallina.

Agradablemente entretenida en su piadosa ocupación, no advirtió la llegada de Leontina, que volvía dejando ya cumplidas las órdenes de su señora.

Poco después la infeliz familia se instalaba en la nueva habitación, arreglada como por encanto con todo lo necesario para vivir con comodidad.

Las bendiciones llovían sobre la generosa joven, que conmovida en alto grado, no sabía cómo despedirse de aquellas pobres gentes que lloraban de gratitud.

Agitado su pecho por la emoción más pura, salió por fin de aquella casa, donde dejaba la dicha y el bienestar, prometiendo colocar al pobre cesante en un buen destino, que le proporcionase un sueldo decente, asegurando su subsistencia y la educación de sus hijos.

Era cerca del anochecer cuando Carmelina entró en su lujoso gabinete: al quitarse el abrigo vio que estaba empapado en agua, y exclamó sonriendo:

-¡Ni he sentido la lluvia ni el hambre, aunque me marché sin almorzar, ni el eterno hastío que me martiriza! ¡Qué tarde tan hermosa he pasado! ¡gracias, Dios mío! ya de hoy en adelante no me abrumará el tedio; seré feliz haciendo bien. ¡Ah! ¡cuán bella es la caridad!...

Poco después de la interesante escena que acabamos de referir, se fundó la Real Asociación de Beneficencia, tomando sobre sí las señoras mis ilustres de la grandeza española, la piadosa tarea de enjugar las lágrimas del que sufre, proporcionando pan al pobre, apoyo al desvalido, amparo al infeliz expósito, consuelo para todos los dolores y

alivio para las infinitas desgracias de la humanidad. ¡Loor eterno a esos ángeles de caridad, que bajo su manto de amor acogen al infortunio! ¡Gloria a su nombre!

¡Benditas sean las piadosas manos que donde hallan dolores, lágrimas, miseria, desesperación, siembran alegría, consuelo, abundancia y felicidad!

¡Benditos los corazones que con el aroma de sus evangélicas virtudes, esparcen doquiera la dicha y la paz!

Reciban la ardiente gratitud de millares de almas que exclaman cual Carmelina, henchido el pecho de la efusión más pura:

¡Cuán bella es la caridad!

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

